

# La Conquista

Alvaro Amaya



Image not found.

# Capítulo 1

## **La Conquista**

Cuento

De este lado todos creían que a la distancia, el mar se perdía confundido con el cielo y al otro lado del Atlántico, casi todos creían que el mar sólo tenía un lado.

Así se vivía en el año de 1500.

Del otro lado, en las tabernas de los puertos, entre los marineros borrachos se contaban y repetían historias de lejanas tierras en las que moraban animales mitológicos y en las que se producían extrañas plantas de frutos fantásticos, pobladas de gigantes y enanos increíbles con pieles gruesas y escamosas de brillante color rojo, jurando que habían sido vistos en algunas islas por marinos náufragos perdidos o abandonados en alta mar.

Nadie daba cuenta de fechas, ubicación o de quiénes lo habían visto. Lo contaban solamente como cuentos de taberna porque de hacerlo estando sobrios, esas historias podrían echar a cualquiera en los brazos de la Santa Inquisición.

De este lado, casi nadie sabía que los sacerdotes y algunos caciques, sí sabían que en inmensos y grandes pájaros voladores, los dioses para bien o para mal, estaban por llegar bajando del cielo o a través de los mares que para ellos era lo mismo. Lo habían leído en las descripciones veladas de sus textos sagrados, lo sabían porque los ancianos lo soñaban y lo contaban repetidamente y porque los sacerdotes habían observado insólitos e indescifrables arabescos que habían aparecido en las cenizas de los corazones de los enemigos capturados, cuando los habían quemado para ofrendarlos a los dioses.

Lo que de cierto había era una angustia incierta que a todos les negaba la alegría.

Al principio las cosas que empezaron a pasar no fueron tan perceptibles. Poco a poco los tiempos se fueron cambiando y ya no eran los mismos. A veces súbitamente el cielo se oscurecía y torrenciales aguaceros se desplomaban sorpresivamente desde lo alto, en medio del sol del verano y en un profuso abuso de arcos iris.

La algarabía de la selva había menguado, los monos se habían refundido en lo más profundo de la espesura y hubo veces en que con sorpresa, al

final del día se percataban que los pájaros no habían cantado.

Era más difícil encontrar animales de caza para la comida diaria porque parecía que los animales huían de algo.

Nadie sabía qué había empezado a pasar, hasta que por el hedor de cucarachas, avispas, ratoncitos tiernos, salamandras, abejas y gusanos muertos y descompuestos en el suelo a la intemperie, descubrieron que las hormigas habían desaparecido.

Y ahora con el paso del tiempo, las cosechas se agostaban antes de que lo granos cuajaran y los animales domésticos se volvían fieras de nuevo porque huían hacia la selva, a sobrevivir por sí mismos porque sus amos no los alimentaban.

Había días en que el sol perdía su calor y entre brumas, una helada humedad de muerte subía desde la tierra calando hasta los huesos.

Les llegaban historias de gente de poblados pequeños, que los abandonaban para irse a pueblos más grandes que a su vez, contagiados de ansiedad y angustias, éstos se despoblaban para migrar hacia las grandes urbes que recibían a miles y miles que confundidos, no sabían qué buscaban o lo que querían, pero que cada vez era más difícil alimentar.

Durante algunas ceremonias de ofrenda a los dioses, algunos sacerdotes quedaron horrorizados cuando vieron que el humo negro, de la sangre quemada en ofrenda a los dioses de los testículos y prepucios de los caciques y los nobles, no se levantaba en columna recta hacia el cielo, sino que como si tuviera peso, se esparcía reptando aferrado al piso, hasta desaparecer lentamente, absorbido por el oscuro suelo.

Con angustia de corazón palpitante se lo guardaban para sí y no lo contaban a nadie. En vano, los sacerdotes sacaban de los encierros a los enemigos atrapados en anteriores combates para sacrificarlos a los dioses, porque el mal no estaba en lo macizo, sólo se sentía como algo ominoso en el aire que les invadía el cuerpo y el alma, por las narices al respirar.

Los viejos levantaban y estiraban las cabezas tratando de ver y oír más, oteando el horizonte y suspirando duro, como tratando de captar algo que les dijera lo que pasaba. Jamás tuvieron miedo. No lo habrían tenido para enfrentarlo si hubiera sido algo físico, pero contra una sensación, con un sentimiento de afuera que se les apropiaba de lo de adentro, no se podía hacer nada.

Y veían impotentes cómo su gente, melancólicos de tanta selva, caían en

la tristeza y morían de inanición.

Del otro lado, un reducido grupo de hombres también sufría de incertidumbres porque por causas más mesurables, estaban seguros que el "otro lado" existía y que los llamaba, que los esperaba, creían que ellos tenían el privilegio de ese llamado y que ellos deberían ser los primeros en llegar.

Estaban saturados de inconfirmadas historias de viajes que decían que rubias gentes del norte, había bajado bastante hacia el sur y que habían visto vastas tierras desconocidas.

Se habían quedado perplejos e impotentes de explicación, viendo las mismas estrellas que se levantaban y caían siempre del mismo lado, igual que el sol y se quedaban callados mirándose entre sí y siempre sin decir nada.

El más grande tesoro que confirmaba lo que creían, que mantenían en secreto y fuera de las miradas de todos, era una pesada y durísima piedra de un oscuro verde intenso, casi metálica de tan dura, lisa y brillante, que nadie sabía cómo, había sido trabajada en forma de una lágrima grandota que pesaba media libra. Estaban seguros que no había llegado del Catay.

Una noche un borracho marinero portugués, enfurecido porque no le creían, respaldó su inverosímil historia mostrando esta piedra que le había dado otro compinche, afirmándole que la había obtenido de un naufrago que pudo regresar de bastante, bastante más al sur del Mare Nostrum.

Tener agarrada solamente la punta de la madeja y no contar con ningún recurso económico que les permitiera intentar develar el secreto, los sumía en la más profunda depresión.

Las carcajadas humillantes recibidas cuando querían convencer de sus teorías a los cortesanos y comerciantes ricos para que financiaran sus proyectos de exploración, los dejaban heridos, ofendidos y exhaustos y entonces huían al campo para encerrarse lejos del ruido de las ciudades, pero sólo para volver poco después a la carga, con el corazón agobiado y locamente atrapados en la certeza de ser dueños de la razón.

Si hubo alguien con alguna clarividencia, pudo haberse dado cuenta que también en ese lado el aire arrastraba olores indefinidos y presagios de que algo grande e inminente se acercaba, que pronto las cosas no iban a seguir siendo como eran, como cuando una embarazada antes que ocurra, temerosa, sabe que su fuente está pronta a romperse.

Había también un algo de temor en su nerviosa premura.

No acababan de convencerse que aunque su reino recién había echado al mar, a su ocho veces centenario invasor y la gente vivía una obtusa alegría, la seguridad no era un hecho absoluto. Portugal, Francia e Inglaterra no eran débiles y acechaban merodeando, buscando un flanco débil. El reino estaba económicamente agotado por la campaña contra los moros y para ellos, la alegría de esa victoria, era solo una delgada bruma que ocultaba la angustiante realidad del acechante peligro.

Estaban seguros que su sueño, su visión, lo que sabían, podría blindar a su nación para siempre. Entonces era injusto, insólito, duro e irreal que nadie lo viera como ellos.

Lejos, al otro lado, en el centro de la otra mitad del mundo, entre Boaco y Juigalpa, entre el río Siquia y el Mico y en la tierra de los Chontales, un macizo montañoso e inmemorable, dormitaba cubierto de siglos de verdor desde su violento emerger en el mesozoico, totalmente ignorante de que menos de un siglo después, su nombre sería el nombre de todo el continente americano.

Durante un tiempo, este macizo, Amerrika o Amerrisque, fue totalmente ajeno a la llegada de los blanquecinos hombres extraños que primero hollaron la desembocadura del Río Coco, la más antigua arteria que desde siempre, había mantenido la vida de la zona intrusiva metamórfica segoviana, situada al norte y casi en su vecindario.

Tampoco se enteró que besando su faz morena, en cada playa a la que arribaban, éstos ya le habían confiscado la vida en nombre de un dios y de un rey desconocido y que después de los besos como en toda violación, su sangre alimentaría la sed de poder de sus reinos decrepitos, deshumanizados, esclavizadores y corrompidos, que por lo mismo y como una maldición, tampoco podrían mantener y retener en la historia, la hegemonía que ahora lograban y conquistaban a costa de inocente sangre primigenia.

Y que eso ya había pasado con los Aztecas y los Incas, desde el fondo del sur hasta arriba del Golfo de México y que no quedaba isla en el Caribe ni en el Pacífico que se hubiera salvado de esa infecciosa inoculación.

Y con esto, los dos lados fueron uno.

Sólo que uno fue el lado de arriba y el otro el lado de abajo.

Uno perdió porque siendo el civilizado, retrocedió para ser el cavernario que destruyó una civilización y el otro perdió también, porque todavía hurga en el caos tratando de encontrar los vestigios, que le permitan reconstruir su identidad perdida.

**Álvaro Amaya G. Guatemala, C.A.-**

**Subido a:[www.megustaescribir.com](http://www.megustaescribir.com) el 9 de Octubre de 2017.-**

**Foto.Archivo personal.**